

La luz que se filtra en tu cintura

Juan José Cabedo Torres

Febrero de 2006

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

Tu cuerpo es en mis labios
montaña transparente
donde las venas marcan
el perfil de los besos.
Desatas el cabello
agitado de estrellas
y un aura de mil alas
se te posa en los hombros.
Entonces te haces río,
o silueta de nube,
o pubis vertical del que rezuma
el corazón que late entre mis dedos
como un viento nocturno de jazmines.

El aire te acaricia
con sus dientes de espuma
e impregna las palabras
que emergen de tu pecho
bañadas en la sangre
de tu alma de gacela.

Te meces como un alga
que se abriera a mi vientre,
como un poro insaciable,
como una sombra verde
que recobra su forma
de límite o de labio.

Yo, por mi parte,
desciendo de tus ojos
hecho silencio o música de sauce;
yo, por mi parte, retozo en tu pecho
como un niño desnudo
que concita en sus manos
un vértice de esfera
y un manantial de savia.

Se te enreda en el cuerpo
una lengua de hiedra
que te ensortija el vello
y entalla la hendidura,
donde el acantilado
se deshace en la bruma que bordea
tu talle de tigresa.
Me abres tu corazón como un abismo,
como un pecho sin bordes que respira
las sombras de la noche,
como una mano que dibuja
la línea de árboles
o esa hoz de luna que perfila
el centro de los ojos.

Cuando la noche invade
el dorso adormilado de la tierra
y despierta el silencio
que asciende la ladera
azulada del sueño,
convoco en la mirada
la huella transparente
que dejas en mi pecho.
Emerges en mi almohada
como una cálida silueta,
como espuma que alcanza
las más remotas olas
de un mar sin horizontes.
A veces extendiendo los brazos
y mi piel fragmentada
se expande hacia la aurora.
Allí se impregna de luz y regresa
como halo, como límite,
como salvaje corazón que abraza
el aire delicado de tu pelo.

Abres los ojos
y en ti penetra el mundo
como si tus pestañas respiraran
el vientre de una nube
o ese azul que desciende
y te atraviesa el alma.
Luego los cierras
y guardas en los huesos
el viento agitando las hojas,
el sol que se hace lágrima
en el tronco del sauce,
o ese pulso invisible
que vibra en los segundos.
Luego llegas a mí, me miras
y dejas en mi cara
una sombra de ramas,
que es como rezuma la vida
en los poros amantes de mis venas.
Luego te miro y se posa en tus labios
el aire que mueven las hadas;
te miro y entreabres los dientes
para morder despacio y con violencia
mi lengua en corazón bañada.

Tú y yo sentimos en la boca
la esgrima de las lenguas que proclaman
el poder invisible
de dos cuerpos que luchan,
se funden y se vencen
en el dorso sagrado de la vida.
No hay polvo en nuestras venas
sino una sangre intensa y transparente
que desmiente el vacío
del que ha perdido el alma.
No hay hueco en nuestros cuerpos
sino una inmensa enredadera
que brota de los vientres
y asciende hacia lo alto
como un pájaro herido que palpita
en las manos de un niño.

Rompen las olas en tu espalda
como el inmenso corazón de un ancla
que une mi boca ausente
al hilo luminoso de tu boca.

La claridad se derrama del cielo
como un fulgor que te enciende la cara,
como una fruta que madura
del hueso a la corteza.

Cuando caminas por la arena
te haces brisa, horizonte o rama;
cuando respiras, de tus plantas brotan
las raíces que buscan en la tierra
el alma vegetal de los olivos.

Tu voz adelgazada en la distancia
entra en mi oído descubierto
como un hilo celeste,
como finísima agua
que me traza en el torso
la curva del deseo.

Yo la apreso en el cuello
y ella se hace coro de helechos,
raíz de alga o bóveda que refleja
el fondo adormecido de los lagos.
Cuando me hablas en la distancia
sé que la vida es poderosa y fuerte,
sé que se puede amar sin labios,
que hay dientes que se besan
y esqueletos que se aman,
que también en la otra ladera
hay huesos que se orientan
hacia el pulso invisible de la vida.

Te recoges el pelo como un árbol,
como la cabellera vegetal
que ciñen los planetas
en la estela del tiempo.
Tu hombro refleja la piel de la luna
y esa sangre blanquísima que es pájaro
o rumor del viento en los jazmines.
Entonces te miras las manos
y brota de tus dedos
un dulce acantilado
donde anidan los besos
que buscan en la noche
el hueco de mis labios.

Cuando cesa el deseo
que te tensa los huesos
como un arco enterrado
en el perfil del cuello,
desciende en tu cintura
la luna que eleva su calva
sobre un árbol de noche,
el vértigo de dientes
que me muerde la espalda
y el destello diáfano que emanan
las huellas de los besos en las sábanas.
Cuando las manos se entrelazan
como un ábside sobre las almohadas,
el mundo se hace esfera,
germina el asombro en los labios
y la sangre circula y ama
como la mirada de un sauce
por los esteros de la madrugada.

La brisa acaricia en tus miembros
la hierba salvaje que eriza
el deseo como una luna negra,
como la sangre que mancha los labios
de los mares de piedra.

A veces se ahueca en mi mano
la ausencia puntiaguda de tu seno;
a veces convoco en las yemas
tu rostro transparente
y tu mejilla ingrávida.

Entonces apareces
como un corazón silvestre que emerge
de una confusión de horizontes,
como un silbo de savia que descansa
en el limo acunado de los ríos.

Es fácil reconocer en tu boca
el aliento que exhala el álamo
en la espalda dorada
de los ríos sin márgenes,
es fácil acariciar en los ojos
el vapor de tu sangre
que retorna a la vida
como el amanecer de una garganta,
es fácil sentir en la lengua
la raíz silenciosa de tus dedos
como un viento que peina
una cabellera de musgo y algas
en los mares inversos,
en los lagos soñados,
en la luz que se filtra en los castaños.

Te da en la cara el aire
que hace temblar en mí las alas
del ángel del deseo.
No hay tuétano más dulce
que tu saliva enamorada,
no hay contorno más nítido
que la luz que irradian tus manos
cuando acaricias la mañana,
cuando la vida te brota en la boca
como una arteria subterránea,
como lava dormida en la ceniza,
como la sombra de una nube
que se te enhebra en las pestañas.

Tu espalda se cimbre
como una rama cuajada de amor,
como una madrugada,
como esas montañas azules
que son cuerpos tendidos que reposan
en el horizonte profundo
de una inmensa pupila.
Se te deshoja entonces en el rostro
un tacto de magnolias,
y te late en la cara
un pulso mineral
que es el aire sutil que vibra
en el corazón de la lágrima
que marca la intersección de tus muslos
con el leve crujido de la escarcha.

La sangre desborda tus venas,
brilla un instante en el aire y se posa
en las hojas del limonero
como un ave de nieve y bruma,
como un rumor de estrellas
capaz de aunar bajo su velo
todos los matices del verde
en el recodo nocturno del tiempo.
No hay más cálida huella
que el liquen de tu vientre
en mis labios abiertos,
no hay más dulce silueta
que la hierba marcado
el perfil luminosos de tu cuerpo.

Te ensombrece la frente
la pálida luz de una escama.
Luego desciende y se abraza a los hombros
como un nimbo de aliagas,
como una piel difusa,
como ese aire indolente
que adoptan las estatuas
cuando se besan los amantes.
Tu rostro se enciende en la almohada
como un pétalo ilimitado
donde se dibuja en silencio
un corazón que se acompasa
al vuelo del albatros,
al curso de los astros
y a ese delicado fulgor
que te ilumina los huesos por dentro.

Acerco mi pecho a tu vientre
para abrazar un pedazo de cielo
o ese olor de tierra mojada
que exhala tu cuerpo
cuando luchan los brazos con las piernas,
las manos con los labios.
Luego te tensas como un fleje,
Como un arco de sueño,
y yo me derramo en tu asombro
como un río palpitante de venas;
esparzo mi piel luminosa
en tu pubis abierto
y confluyo en el tiempo, y me detengo
como esa luz que transparentan
las nervaduras de las hojas,
como un diente que muerde
la raíz de la espiga.

La noche se sostiene
en tu cuello dormido
como una bóveda de estrellas
que cuelgan de las ramas,
como un jardín de gárgolas
donde las piedras huelen
a limones y a besos.
Cuando tus pies se orientan
a un Sur de caracolas
el mar se hace en mis manos
sueño de niebla y espuma de nieve
que dibuja en mis yemas
el contorno azulado
de tu silueta verde.

Tu sangre perfuma mi sangre
en la azotea del deseo
como un gemido que ilumina
la raíz profunda del aire,
como esa brasa que despierta
el corazón vegetal de los sauces.
Asoma la luna con su hoz delicada
que siega los pétalos y los hunde
en la noche de martillos y fraguas,
hacia la herida donde aún late
el amor de los abedules.

Duermo sobre la tierra
como una membrana que busca
la huella que posa en mis huesos
la ausencia de tus dedos.
Te peinan las estrellas los cabellos
con un soplo de estela
que te acuna en los labios
la luna ensangrentada
que palpita en mis plantas.
Entretanto se me ensancha en los ojos
un universo de pestañas,
pupilas y miradas
para que sienta en la garganta
el aliento que me deja en el rostro
el hueco redondo de un beso.

En viento se impregna de Océano
y derrama en tu boca
el aliento inmenso del mar
que se mece en las olas
como espuma celeste
en la azul lejanía
de los labios ausentes.
Tú le entreabres los dientes
y lo abrazas en las pestañas
mientras la luna se eleva en tus manos
como un horizonte nocturno
de azoteas y párpados,
como un deseo que se encarna
en los astros que imitan
el palpito salvaje
de mis venas amantes.

Tu boca contiene un rayo de noche,
la semilla de un fruto
y esa saliva fresca
que despierta en mis brazos
la pasión de los surcos.
Cuando te dibujo en el aire
y trazo con el dedo
el hueco delicado de tu cuerpo
me brota en las arterias
la silueta de un lirio
y el contorno de un sueño;
cuando te atrapo entre los árboles
y rozo tu aura con mis huesos,
se desboca en mi sangre
un huracán de encías y alacranes
que marcan en tu piel
el rastro enamorado de los besos.

A veces mi piel se fragmenta en cielo,
en cauce, en estrella, en corteza de olmo,
en temblor de alma abierta como un ala.
A veces mi cuerpo se expande y mana
como un río perfumado de esperma
para que palpite en tu vientre
y me alce hasta tus ojos
como espuma, como ola,
como la sangre amarilla de un roble.
Mi cuerpo se deshace y fluye
hecho mundo, hecho noche,
hecho constelación de espadas
o ese mador que se posa en los labios
cuando la vida se vuelca hacia dentro.

Te bailan en la nuca las estrellas
que aman como un monte tranquilo
el fulgor que te enciende en las arterias
la caricia del viento
y ese murmullo de lenguas y de hojas
que es cántico de vida en tu garganta.
Cuando la luz del mundo
se estrecha en tu cintura
como un anillo que adelgaza
el labio adormecido de la tierra,
intuyes en el aire
el gozo de los chopos,
la esfera que dejamos
y el cielo que habitábamos

Te nace en la pupila
la verdad que tiembla en el aire
cuando la piel se enlaza
como un eco de sangre,
como un cuerpo de miembros vegetales
que crece por dentro y te hace mía,
como un torbellino de lenguas
en las constelaciones no visibles
desde este lado de la luna.
Mana la vida de tu vértice
como una niebla dulce,
como el fresco rumor del agua
donde mi voz renace
en el temblor oscuro
de tus heridas más profundas.

Mi voz entra en tu oído
como otra sangre que resuena
en el interior de tus venas,
como un beso que te corre por dentro
con el dulce sonido
que te llena de mí y nos hace uno
en un aria que es pasión silenciosa
y salvaje deseo de astrolabios.
Cuando tú me miras, me habitas
como un ala que acariciara
las cabezas, como un gran viento
que posara su mano
en el arpa del trigo
y después descansara.

No te busques en el espejo,
ni en ese vapor misterioso
que brota de las cosas;
búscate en mí y encuéntrate en mis ojos
donde habitas como un río impetuoso
de sangre sabia y tibia,
como una brisa limpia
que pule la mañana,
como un viento nocturno que desborda
la forma de las sombras
y las enlaza delicadamente
en el tallo luminoso de un lirio.

No te busques en el espejo,
mírate en mi pupila
diminuta e inmensa
y recoge tu talle
al otro lado de la noche
donde yacen los cuerpos
que se han amado frente al fuego
con ternura salvaje.
La vida se hace llama,
te acaricia la piel
y te talla en la cara
unos rasgos amargos
de niña maltratada.
La vida se agazapa en la penumbra,
te dibuja los labios
y se hace saliva de beso
o un hilo de baba apenas visible
que une mi pecho a tu garganta.

La noche penetra en tu alma y la absorbe
como un volcán dormido que reposa
junto al fulgor que brota
de nuestros dientes entreabiertos.
Vienes a mí como un eco de luz,
como la silueta de un haya
en la inmensidad de la tarde.
Yo, por mi parte, te abrazo en la tierra
para que me abras a la aurora
como una semilla que alcanza
las más altas constelaciones.

La materia celeste
desciende vertical a tu cintura
y se hace luciérnaga, o piel, o azada
que graba en el hueco de un surco
el envés de tu boca.

La vida palpita bajo la lengua
como un viento fuerte que araña
la corteza donde los dedos trazan
las sendas de los besos
o esa grieta que dejan los amantes
en los esqueletos de las almohadas.

Acerco mi oído a tu cuello
y escucho en el vientre que tiendes
como una ola de tierra interrumpida
el rumor de los ríos
que crecen hacia dentro
y ese latido que cava en la noche
desde el otro costado.
Hay ojos que ablandan las pieles
y ciervos que nunca bebieron
la aurora que mana en los prados;
hay manos como dientes
y brazos como labios
que escuchan en silencio
el diálogo de los árboles
y el canto solitario de la luna.

Llueve sobre la tierra
y la cubre de un fino sueño
para que emanen de los árboles
como una niebla que enreda los dedos
en su tibio tacto de espuma.

Te inspiro en cada nube
y te espiro en el vuelo de las águilas
como un corazón sumergido
en la selvática ternura
que enamora a los corzos.

Luego te desvaneces y te encuentro
en la sombra del viento que susurra
la palabra mágica que abre el alma
al arpa luminosa de los prados.

A veces se quiebran los huesos
para que cale en ellos
el aire azulado de invierno
o ese trozo de espejo
que es vaho silencioso de arcilla.
Entonces se juntan las almas
que son mitad mar, mitad cielo
en la espalda temblorosa de un árbol
plantado en la ladera de la noche.
Más tarde se fragmentan en un sueño
como una brisa que germina,
como un cuerpo enlazado
a las raíces de la madrugada

A veces te haces voz
y un aire delgado que entra en mi piel
como una caracola que creciera
beso a beso hasta alzarse en eco.

A veces tu cintura
es anillo que crece
hacia un Norte de lunas transparentes,
o arena con forma de sueño
en los esteros de la noche.

Te yergues ante mí
como un río invisible que brotara
de una lengua de luz y se volcara
en el molde del aire
y en esa transparencia
que deja la brisa que mueve
las hojas de las hayas.
Luego te apoyas en mi pecho
como una ola, como un aroma de algas
que anida entre los huesos y despierta
el cándido gemido de la nieve.

Libera los ojos y mira
cómo descansa la tarde en tus hombros,
cómo rueda la noche entre los sauces
y te rodea el talle
para que seas tierra, surco, raíz
o ese fulgor que cruje imperceptible
en el vuelo circular de tu falda.
El tiempo se detiene
en el umbral del próximo segundo
y la vida se remansa en mis labios
para decir tu nombre;
entreabro los dientes y surges
de un sueño de mariposas y pájaros
como una mano invisible que muestra
el latido secreto de los astros.

La vida te extrae de la tierra
como un mineral puro,
como una mano que moldea
el aura de los cuerpos bellos
o esa lejanía que bate el mar
en las alas de los alcaravanes.
La vida me vierte en tu hueco
como un agua que roza
los labios de la noche;
luego me desanuda el alma
y deja que crezca en mis sienes
un alga que acaricia
el vientre de los peces
y una arteria que late
al compás de las gárgolas.

Amarte es conocer la tierra
que se abre como un fruto
para que germine el silencio
bajo las hojas del castaño,
para que brote entre los álamos
el manantial que fluye
como un labio ingrátido y lento
que besa desde abajo
la raíz de los olmos.
Amarte es saber del silencio
que rueda entre las pieles
como un rostro que se espeja en la brisa,
como un cuerpo desnudo
que carece de bordes.

Tu labios sobrevuelan en silencio
las palabras que se abren a la noche
como ofrenda a los dioses insepultos.
Tu cuerpo limita el fulgor que brota
cuando una mano sin peso despierta
la memoria dormida de los besos.

Algunas piedras guardan
la secreta tormenta del planeta;
algunas miradas reflejan
en la curva del sueño
todo lo que amaron los hombres.

Un río de agua y sombra fluye
hacia el delta que acompasa en su arena
el canto de la hierba,
los dientes de los tigres
y esa soledad que cincela
el vuelo de los peces abisales.

Inspiro en tu piel la tierra mojada
y espiro en cada beso
la luz que se filtra en las hojas
como un latido que sube del cuello
y resuena en los dientes,
como una lluvia que adormece
el perfil misterioso
de las catedrales soñadas.
Entro en ti, que eres carne transparente
y renazco en tus manos como pájaro,
como agua, como espejo,
como el viento que despierta en el rostro
la pasión de los astros
y el amor silencioso de los ciervos.

Juan José Cabedo Torres